

NOTAS UNAMUNESCAS POR EL DECANO DE LOS HISPANISTAS FRANCESES

I. EN SALAMANCA, HACE COSA DE MEDIO SIGLO

«Nothing, as de Nuysment observes, nothing is wanting for man's perfection but a longer life, less crossed with sorrows and maladies, to the attaining of the full and perfect knowledge of things» (1).

Of things and of men, añadiré yo. Si acercarse a los ochenta puede significar haber alcanzado «a long life», el que esto escribe no sabría, sin embargo, alardear de que su larga vida haya sido «less crossed with sorrows», pues si de *maladies* ha tenido una porción mínima, en desquite ha sido para él colmada la medida de los «sorrows». Y añadiré que si mis muchos años me han otorgado un conocimiento, si no «perfecto», a lo menos «amplio», de cosas y de hombres, no me atrevería a decir que fué éste mi caso con don Miguel de Unamuno, con el que *grammaticus certat*—el gramático soy yo—y—hablando tan sólo por mí—*adhuc sub iudice lis est*.

Por aquel entonces era yo aprendiz de gramático. La prosa concéptuosa y de hondo sentir, los robustos versos y, sobre todo, aquella encumbrada dignidad de Rector de la más ilustre y antigua de las Universidades ibéricas, concurriendo en un varón ya famoso dentro de su patria, hacían que mi fantasía juvenil me representase a don Miguel de Unamuno, bilbaíno, hijo de un comerciante de Vergara y de una vecina de su ciudad natal, cual proveyo sabio, cargado, todavía no de años, mas sí

(1) *Bracebridge Hall; or the Humorists*, by Geoffrey Crayon (WASHINGTON IRVING). La obra fué publicada en 1822; cito por la edición de 1850, «revisada por el autor»; London, Henry G. Bohn, 1850, p. 113 (*The Student of Salamanca*).

de altos merecimientos y honda sabiduría. Y he aquí que me encontré con un hombre erguido, sano, fuerte, en la plenitud de la vida: en una palabra, el más completo reverso de la medalla del doctor Fausto, que me tenía imaginado.

Años adelante, y no ya en Salamanca, sino en Madrid, hube de fijarme en la indumentaria de don Miguel y, de un modo general, en sus aspectos físicos. En *Sartor resartus*, el filósofo Tomás Carlyle hace que el profesor Diógenes Teufelsdröckh invective contra las mentidas ropas de la falacia, los fermentados trajes de los convencionalismos, que ocultan y ahogan la divina Idea que se esconde en el centro de nuestras vidas. Pues bien: se me ha tachado el haber escrito que «la sencilla indumentaria» de don Miguel se encontraba «reducida en su persona a la mínima expresión, indispensable para tapar las vergüenzas». Esto, se notó, era «un absurdo» (2). Mas la aserción no era mía. Pertenece a don Ventura García Calderón, quien la imprimió en 1922, en la página 52 de su libro *En la verbena de Madrid* (3), en un artículo fechado en Madrid, septiembre de 1914, donde refiere sus impresiones de Unamuno. «En el siglo—decía—, le molestan lo mismo las ideas, con quienes riñe cada semana, que la indumentaria, reducida en su persona a la mínima expresión indispensable para cubrir las vergüenzas.» Y ¿quién, habiéndole visto, no recuerda aquel traje de paño azul oscuro, aquel chaleco cerrado hasta el cuello de la camisa, aquellos zapatos de punta chata y el sombrero flexible redondo? Nunca le encontré, aun cuando soplaran los aires del Guadarrama, con gabán o capa, ni siquiera con la chaqueta abotonada. Con esto y con su barba triangular y sus gafas, ¿será irrespetuoso sugerir que se había compuesto una verdadera figura, un rótulo, una «pose», inmortalizados en los periódicos ilustrados de España como del extranjero? Pero no se ha de olvidar que «judgement on the great can be passed only by their peers» (4). Y por tan plausible razón, no insistiré más.

Cuantos extranjeros han tenido el honor de ser admitidos a la presencia de Unamuno en su reducida y modesta oficina

(2) Véase *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, año XXVIII (1952), núms. 1 y 2, págs. 51 y 89.

(3) Por las ediciones *América Latina*, 62, rue St. Lazare, París.

(4) Frase con la que concluía Mary Agnes Hamilton su precioso estudio de Carlyle en 1926.

de Rector, conservan en su memoria inmarcesible visión de aquel vasco bien plantado, bien formado de miembros, erguida la cabeza, de aspecto robusto y atestiguando firme e igual salud, a salvo de las caprichosas variaciones tan comunes en la gente que tiene por profesión el emborronar cuartillas para la imprenta. Carecía él de los estigmas del oficio: ojos cansados, mirada ausente, gestos frecuentes de fatiga e irritabilidad, mustio color, cuello que se dobla, cuerpo todo desgachado. Y en esto reconocí inmediatamente los signos de su raza. Hablaba con voz bien timbrada, algo aguda. Miraba de frente, no sin algún énfasis observador, y un malicioso pudiera advertir en él cierta voluntad de compostura en el ademán externo del individuo. «Etre basque—observó Kohler en su conferencia de 28 de abril de 1937 en el círculo «Romania», de Estrasburgo—implique une fatalité et une prédestination, un peu comme être alsacien» (5). En el «Prefacio» de la versión francesa del *Sentimiento trágico de la vida*, se lee esta «Nota» de don Miguel, que no está en la edición original española: «Ce livre fut écrit par un espagnol basque de la race d'Ignace de Loyola et de l'abbé de Saint-Cyran. Nous autres, basques, nous sommes un des deux traits d'union—les catalans étant l'autre—qui unissent la France et l'Espagne. Notre vieille langue millénaire est parlée des deux côtés des Pyrénées. La Gascogne est la même chose que la Vasconia. Port-Royal, si profondément français, avait puisé en Saint-Cyran une sève basque» (6). Se ha escrito mucho—a veces a tontas y a locas—sobre los vascos y su tierra, tan indomable como sus hombres, que negaban servidumbre y servicio de armas, donde los criados—por cierto, rarísimos—tuteaban (bañeros, dependientes regios) a soberanos y altezas, amos y señores, y la nobleza vieja de hidalguías era *campagnarde*, labradora y bonachona, familiar y llana, como los *zaporogos* de las primitivas tribus rusas. ¿He de recordar a Catalina de Erauso, la famosa Monja Alférez, viril símbolo de la vieja Vas-

(5) *Miguel de Unamuno, Espagnol et Européen*, Belfort, Société Générale d'Imprimerie, 1937, p. 6.

(6) La versión francesa es de 1917; la edición original española, de 1913. En el *Prólogo alla traduzione italiana*, por BECCARI, fechado en Salamanca en 1913, no dice nada Unamuno de su origen vasco. «Il mio *Commento*—deklarera scritto per li Spagnoli, e questi saggi, benché opera profondamente spagnola, son rivolti ai non Spagnoli, e li scrissi nella speranza che fossero tradotti in qualche lingua europea non iberica.»

conia, o a don Juan de Garay, el conquistador civil de Buenos Aires? ¿O a los rudos balleneros de Guetaria, que llegaron hasta Groenlandia, hablando una lengua comprensible quizá para... las focas? Yo he conocido a unos supérstites de aquellas lejanas épocas. Se sonreían frente al peligro. Bromeaban con la muerte. Eran decidores, alegres, humoristas, rebeldes, francos y cabales, nunca descorteses, unos caballeros por alma, cultos y bravos, exquisitos y rudos, fueran militares u hombres civiles, pacíficos ciudadanos y aventureros audaces, elevados, dignos, grandes señores y excelsos rústicos, odiando tiranías, supercherías, mojigaterías, farsas, señores y amos, reyes y magnates. Eran revolucionarios sin saberlo, republicanos a ciegas, ciudadanos del mundo, altivos espíritus, todo gravedad en la cólera y economía en el acceso iracundo, parsimonia y severo empaque, vieja cristiandad en lo adentro del alma, pero burla cruel de cristiandades novísimas; hombres, en fin, de una pieza, que para mí simbolizaban la raza de conquistadores de las primitivas Américas, la de los aventureros extremeños. Pudieran hombrearse con Cortés, Pizarro, Vasco Núñez de Balboa. Sólo que habían llegado tarde—demasiado tarde—a la historia de España, cuyo prosaico marco era harto ruin para tan nobles retratos.

De esos caracteres, tan incomprensibles como propios de su tierra, era Unamuno un extraño resumen: ironía y misticismo, alegre filosofía y neblina gris, infantil picardía y arrobo místico. Y se ha de añadir que, en los primeros años de este siglo, era la diferencia—de todo orden—entre las provincias de España mucho más sensible que hoy, aunque no tanto como se creyera. Ni España, en este punto, era una excepción europea. ¿No fué Austria-Hungría irreductible mosaico, que la catástrofe de la penúltima guerra disgregara? Hoy todavía el italiano de Nápoles tiene poco de común con el de Turín. Los que hayan hecho aquella penúltima guerra saben qué profunda antipatía demostraban los *póilus* de las comarcas mediterráneas y pirenaicas por los del norte de Francia. No insistiré en tan curioso aspecto de la historia de la «Gran Guerra», del que apenas si se ha hablado en libros y revistas. Los ingleses integraron su nacionalidad con islas y comarcas de opuestas razas. Con qué resultado, el desmoronamiento del Imperio Británico lo dice bien a las claras. Y hasta en países pequeños, verbigracia: Bél-

gica, abundan las oposiciones étnicas y lingüísticas. Mas ¿vale la pena insistir?

En España, todas esas diversidades han tenido un cerco de hierro que las ha unificado en haz. Han tenido a Castilla:

... de toda España, Castilla es mejor,
 porque fué de los otros el comienzo mayor;
 guardando e temiendo siempre a su señor,
 quiso acrecentarla assi el Criador.

Aun Castilla la Vieja, al mi entendimiento,
 mejor es que lo al, porque fué el cimientó,
 ca conquirieron mucho, maguer poco convierto:
 bien lo podedes ver en el acabamiento...

Castilla les dió lengua, las reunió, las gobernó. Tenía Castilla grandes limitaciones. Varias, entre las provincias ibéricas, la superaban en tales o cuales calidades. En conjunto, no. En conjunto, Castilla fué superior a todas. Aquilató más personalidad que todas. A pesar de cuantas deficiencias subrayan los historiadores, se ha impuesto y ha impreso, con la complicidad de los siglos—y otras complicidades—a todas unos rasgos comunes indelebles. No existían razones—y éste es un ejemplo entre mil—para que un pintor de Vasconia, hijo de la bruma y de la humedad, se pareciera a un pintor de la radiante Castilla. Zuloaga, sin embargo, parece tan castellano como Velázquez, que tampoco era de Castilla. ¿Por qué? Por la potencia irradiante, imánica, de la enorme personalidad de Castilla. Y por lo que se refiere a Unamuno, era tan vizcaíno como Loyola. Y si ambos—con la diferencia que va del siglo xvi al siglo xix—se sintieron movidos por una inquietud espiritual desinteresada, ¿será paradójico afirmar que uno y otro—aunque diversamente—sintieron y procedieron a la castellana? San Ignacio, como energético; don Miguel, si bien fuera de las iglesias y de sus credos, con una religiosidad trágica, un cristianismo desgarrador, violento, muy dentro de la tradición castiza de Santa Teresa.

Un simple bufete, cubierto de papeles, cuatro sillas, un armario para libros, dos cuadros, al parecer antiguos: he ahí todo el menaje del Rectorado. Sin duda, se ha conservado en todo el edificio la distribución interior que fué suya en los pasados siglos, perpetuando así en su venerable recinto una atmósfera

de impresionante sencillez monacal. Hidalga austeridad. No se echa de menos el lujo de *parvenus* de otras Universidades de allende el mar océano. Y el único adorno, sobre el escritorio, era una figura broncea del vate de la descansada vida del que huye el mundanal ruido. Por la ventana, la mañana otoñal derramaba sus raudales de luz. Salamanca parecía sumida en un ambiente de estudio, de meditación.

¡Las doce! «¡Señor profesor, la hora!» ¿Cuántas veces habrá repetido el bedel la mágica fórmula? Suspensión de clases. Unamuno se levanta. Coge el inolvidable sombrero. Vive, con la familia, en una casa que forma parte del edificio de la Universidad. Sucede a no sé cuántos rectores y profesores que formaron la educación de España. La fachada de la Universidad llama la atención del visitante. Es una creación del estilo plateresco. Trato de descifrar el enigma de aquel escudo de armas. Es redondo y dividido en dos cuarteles. El superior ostenta los tradicionales leones y castillos. El inferior representa un aula con el *magister* dictando una lección a sus discípulos. Todo ello coronado por la tiara y las llaves entrelazadas del Romano Pontífice.

A las dos de la tarde, clase de don Miguel. Explica *La Hestoria del Pueblo Djiddio*, escrita en caracteres talmúdicos y en el español arcaico de los judíos búlgaros, descendientes de los expulsados de España hace más de tres siglos. Una hora entera diserta don Miguel sobre estas cuatro voces: *Hestoria*, *Pueblo*, *Djiddio*—que son las del título—y *Empessesió* (o sea, comienzo del texto). Se remonta a las raíces y descende a sus infinitas combinaciones filológicas... Su ciencia es así...

Excursión por los claustros, biblioteca, paraninfo, aulas. La cátedra de Fray Luis ostenta sus toscos bancos:

Como en los troncos vivos de los árboles...

Visiones de Salamanca. Imborrables. El Estudio Mayor, el Hospital del Estudio, las antiguas Escuelas Menores, convertidas ya en Instituto Provincial. Los *vitores* cubren aún los muros. En el centro de la plaza, Fray Luis, de pie, pensativo. Calles estrechas, tortuosas. Palacio de los condes de Monterrey, descendientes del duque de Alba, el «rayo de la guerra», el «Fablo

español» (7). Una plazoleta. Y luego, por una corrida de locutorios y sacristías, la capilla del convento de las Agustinas Descalzas, en cuyo altar mayor flota en éxtasis la «Inmaculada», de Ribera, mucho más atrayente que sus consortes andaluzas de Murillo. En uno de los altares de la nave lateral de la izquierda, vaga San Jenaro en una nube de oro sobre un paisaje vesubiano: otro Ribera.

Para gozar plenamente de Salamanca hay que marchar sin rumbo fijo, al azar del encuentro de palacios e iglesias. La Casa de las Conchas. La Torre del Clavero. La casa de la Salina (convertida en Diputación Provincial). El palacio de los duques de la Conquista, descendientes de Pizarro. El Colegio de Nobles Irlandeses. Los conventos: San Esteban, San Martín. La Casa de las Muertes. El palacio de los Maldonado.

Y, por último, la Catedral Nueva.

Pasando delante del palacio episcopal, por la Puerta del Río, el puente romano sobre el Tormes (¡Oh *Lazarillo!*).

Orilla izquierda. En el espejo de agua se refracta el panorama de la vetusta capital: confuso amontonamiento de tejados, de casas oprimidas dentro de la cintura de antiguas murallas. Domina la mole de los palacios de una nobleza extinta, al pie de las torres de los vetustos templos. El sol, en el ocaso, arranca fulgores de apoteosis de los góticos ventanales de cúpulas y cruceros. Mansamente desliza el Tormes sus linfas en un susurro de latina oración. En el aire diáfano vibran los toques del *Angelus* vespéral. Y me viénes a la mente los versos de Unamuno: «¡Qué lejos estoy del mundo y de sus tráfigos!» (8).

Todo lo domina, aplastándolo todo con la mole de sus cúpulas, de sus espesos arcos, de sus góticas flechas, de su orgullosa torre, la catedral famosa, la ciudadela teológica de la España que fué y no volverá a ser, la que impuso a su Estudio Mayor la tiara y las entrelazadas llaves, que perduran en el sello, en el

(7) *El Duque de Alba*, por JUAN DE CASTRO, Madrid, 1931, p. 55. Al final de esta obrita hay una buena bibliografía.

(8) ¿Hay que recordarlos?

Alto soto de torres que, al ponerse,
tras las encinas que el celaje esmaltan,
dora a los rayos de su lumbre el padre
sol de Castilla, etc.

escudo, en el estandarte, en el dosel de las cátedras docentes; la España hija de aquella Roma que, en un arranque de ciega consecuencia tolomeica, rechazara los gloriosos ensueños de que nació nuestra cultura moderna.

II. LA LENGUA DE DON MIGUEL

En la época de las modas literarias, importadas de Francia, que en los comienzos de este siglo padecieron casi todos los escritores jóvenes de España, fué una de ellas la guerra a las partículas y, más especialmente, a los pronombres relativos y conjunciones. El autor de *Critica profana* (9), don Julio Casares, se refiere (pág. 63), a este propósito, a Unamuno: «Para estos bárbaros, decía por entonces Unamuno, no hay sino cosas lógicas; quieren lañas lógicas con partículas conjuntivas, disyuntivas, discursivas, con *asis, comos y luegos.*» Secuela natural de esta moda fué el desmoronamiento del periodo, cuyos miembros, separados por puntos, pasaban a formar raquíticas frases, «sin ilación—dice Casares—, sin armonía y, a veces, sin pies ni cabeza...» Entre aquellos «bárbaros» figuraba «Azorín», el anarquista de *Charivari: Critica discordante* (no se firmaba aún «Azorín») (Madrid, Imprenta Plaza del Dos de Mayo, 1897), librito en que vuelven a pasar, con un ir y venir atolondrado, Dicenta, Benavente, Palomero, Valle-Inclán, Ruiz Contreras, Dorado, «Fray Candil», Bonafoux, Taboada y don Miguel (sin contar a los compañeros de redacción de *El País*: Lerroux, Fuente, Pereira, etc.). Por cierto que don Miguel había olvidado aquellos juveniles desplantes de José Martínez Ruiz cuando le dirigió aquellas cinco cartas, entre 1904 y 1912, que se leen en *La Estafeta Literaria* de 25 de julio de 1944... Y no sé si «Azorín» las recuerda hoy.

(9) Madrid, Imprenta Colonial, 1916. Creo haber visto una segunda edición, por Renacimiento, 1935. En 1918-19, *Critica efímera*, 2 tomos. Recuerdo que, al salir nombrado de la Academia de la Lengua CASARES en 1919, publicó «J. de Valdés» en la revista *España*, de 13 de noviembre, «acerba crítica», p. 8-9. «Julio Casares», se lee en *A History of Spanish Literature*, de MÉRIMÉE, en la versión revisada y acrecida de S. Griswold Morley, catedrático de español en la Universidad de California, «represents more cold-blooded scrutiny of language and methods: grammarian and maker of Dictionaries, he has trained the microscope of his not insensitive mind upon various aesthetes» (p. 589).

Conocía don Miguel el idioma castellano, por haberlo estudiado y embebido años y años. No era él de aquellos literatos que se dejan guiar por su instinto para sus menesteres verbales y que a veces aciertan por arte de birlibirloque, quiero decir por la virtud semiconsciente de un milagroso ritmo interior. No se dejaba—por lo menos en la época a que me refiero—llevar Unamuno por la fuerza del lenguaje, como otros tantos folicularios, sino que él, deliberadamente, consecuentementé, lo analizaba para manejarlo a su antojo. Se ha dicho que usaba a menudo de voces de «mal gusto». Y se achacaba este pretendido defecto a no sé qué «incapacidad electiva», a no sé qué falta de «gracia literaria». A algunos críticos, en el Ateneo de la calle del Prado, les oí explicar el fenómeno como ardid voluntarioso, excogitado únicamente para aumentar la desorientación, la perplejidad del lector. Les chocaba, en particular modo, aquella su afición a sacar del fondo del habla popular, sobre todo de las comarcas salmantinas, voces desconocidas—esas voces que encarnan el alma de la plebe—, de las que se desprende fuerte olor a ranciedad. Enumerarlas excedería los límites de estas breves apuntaciones. Mas ¿qué decía Unamuno en aquel *En torno al casticismo*, tan profundamente español, tan «castizo»—en el buen sentido de la palabra—, en el que exponía el carácter de la raza española con sus cualidades y no pocos de sus defectos? Odiando como odiaba todos los encasillamientos y ordenancismos que habían concluido por fosilizar el alma española, no podía menos de alzarse contra la tiranía lingüística a que se pretendía someter el escribir, en un país donde apenas existía una filología sistemática, y la doctrina de los paladines de la «pureza» del idioma consistía en la obediencia ciega a ciertas formas, un acatamiento de todo lo viejo, aunque fuese mediano, y en el sistemático rechazo de todo lo nuevo, aunque fuese bueno. Mas oigámosle hablar en defensa propia:

«Todo cuanto se repita: que hay que buscar la tradición eterna en el presente, que esa tradición es intra-histórica más bien que histórica, que la historia del pasado sólo sirve en cuanto nos lleva a la revelación del presente, todo ello será poco. Se manifiestan esos tradicionalistas de acuerdo con estas verdades, pero en su corazón las rechazan. Lo que les pasa es que el pre-

sente les aturde, les confunde y les marea, porque no está muerto ni en letras de molde, ni se deja agarrar como una osamenta, ni huele a polvo, ni lleva a la espalda certificados.»

Ha comprendido Unamuno lo que afectan de pasar por alto los impugnadores del progreso, así del idioma como de todo lo demás, a saber: que la lengua no es obra ni propiedad del corto número de seres que meten ruido en la historia con lo que escriben, sino de esos millones de hombres sin historia que, a todas horas del día y en todos los países del globo, se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que, como la de las madreporas suboceánicas, echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia. Sobre el silencio augusto vive el sonido, sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la Historia... En este mundo de los silenciosos, en este fondo del mar, debajo de la Historia, es donde vive la verdadera tradición, la eterna, en el presente, no en el pasado, muerto para siempre y enterrado con cosas muertas. En el fondo del presente hay que ir a buscar la tradición eterna: en las entrañas del mar, no en los tímpanos del pasado, que, al querer darles vida, se derriten, revertiendo sus aguas al mar... Y buscar la tradición en el pasado muerto es buscar la eternidad en lo que ya no es, en la muerte. Es buscar la eternidad de la muerte.

Para entender del todo este valor de la tradición popular en materia de lenguaje hay que seguirle los pasos a don Miguel; proceder a un detenido examen de los léxicos de americanismos, el de Malaret, por ejemplo, sin contar obras de más restringido cauce, si bien de tanta importancia, como los dos tomos de *Observaciones i Enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otro*, del chileno don Miguel Luis Amunátegui Reyes (Santiago de Chile, 1925), y hasta folletos tan eruditos y sabrosos como los *Tópicos lexicográficos* (Buenos Aires, 1927) del gran amigo de mi malogrado compañero Pedro de Mugica, Eusebio R. Castex. Algo habrá podido cambiarse en la lengua de los que viven en el ruido, como decía don Miguel, mas los humildes habían conservado intacta la herencia ancestral, y a ellos tenía muchísima razón Unamuno en acudir para bañarse de nuevo:

en la fuente del casticismo integral y enriquecer así su estilo, cuando sentía en torno suyo vacilar los fundamentos del idioma. Y otra vez se le ha de citar:

«Es el caso que un amigo mío me preguntaba de dónde saco ciertos vocablos, sospechando tal vez que los inventase, y le tuve que decir que se los oía a los tios por esos lugarejos de Dios, y luego los metía en mis escritos...»

No se engañaba el señor Rector al censurar la estupenda ignorancia, la falta de cultura científica de tantos individuos que se dedicaban al oficio de escribir. A mí me pasó más de una vez, en Madrid, conversar con literatos que resultaban unos verdaderos galiparlantes. Decían: «problemas a resolver», «decreto disponiendo», «por esto es que voy»; empleaban «sufrir» en lugar de «padecer», «comprender» por «entender», «ese sabio que es Cajal», «pasar desapercibido», «hacerse violencia», «controlar», «útiles» (por «enferos»), «maneras» (por «modales»), «confección» (por «hechura»), «pequeño filósofo» (por—¡perdón, «Azorín»!—«filosofastro»), «pequeño perro» (por «perrito»), secretario «accidental» (por «interino»), «macabro» (por fatídico o «fúnebre»), etc. (10). Y ¿qué decir de los verbos «perdurar» e «integrar», empleados a roso y velloso? Unamuno, en presencia de esta invasión francesa, emitió un argumento no falto de solidez, al que, preciso es decirlo, no se mantuvo fiel en lo sucesivo.

«Querer—escribía—conquistar a la patria y que se haga una cultura lo más exclusiva posible, calafateándose y embreándose contra los aires colados de fuera, es deseo que parte del error de creer más perfecto al indio que, en su selva, caza su comida y la prepara, fabrica sus armas y construye su cabaña, que al relojero parisiense que, puesto en la selva, moriría acaso de frío...»

Y como sería insensato pretender sacarlo todo de casa

(10) No tendré la pedantería de repetir aquí cuanto se ha escrito acerca del origen de la voz «macabre». En la *Barfüß-Kirche* (que abriga el Museo Histórico) de Basilea vi, cuando mi segundo viaje a Baviera, en 1899, lo que queda del fresco que antaño adornaba el muro del cementerio dominicano y que fué pintado por los años de 1440. De aquella famosa «Danse macabre» dió prolija descripción el abate A. LAMURÉ en su libro *Mes vacances en Suisse et en Savoie* (Paris, 1863, pp. 32-78), donde él atribuye la obra a un «poète Macaber, qui traite le premier ce sujet bizarre dans des vers allemands».

—puesto que, por múltiples causas, la España de principios del siglo se había quedado rezagada—, había que pagar la pasada pereza y procurar salvar del desastre cuanto se podía. Por última vez, citaré a Unamuno (11):

«En la literatura es donde la gritería es mayor; aquí es donde los proteccionistas pelean por lo castizo, aquí donde más se quiere poner vallas al campo. Dicen que nos invade la literatura francesa, que languidece y muere el teatro nacional, etcétera, etc. Se alzan lamentos sobre la descastación de nuestra lengua, sobre la invasión del barbarismo..., sin recordar (que también esto de puro sabido se olvida), que la invasión de los bárbaros fué el principio de la regeneración de la cultura europea, ahogada bajo la sensibilidad del Imperio decadente. Del mismo modo, a una invasión de atroces barbarismos debe nuestra lengua gran parte de sus progresos, a la invasión del barbarismo krausista, verbigracia, que nos trajo aquel movimiento tan civilizador en España (12). Por otra parte, son «barbarismos» los galicismos y los germanismos actuales, y ¿no lo eran acaso los hebraísmos de Fray Luis de León, los italianismos de Cervantes o el sinnúmero de latinismos de nuestros clásicos? El mal no está en la invasión del barbarismo, sino en lo poco asimilativo de nuestra lengua, defecto que envanece a muchos.»

Concluamos. Es la lengua—el estilo—de Unamuno, correcto, nutrido de savias castellanas, culto, generalmente—hablo siempre de los lejanos años anteriores a la Gran Guerra—bien trabajado. No que no haya querido ser más de una vez oscuro,

(11) Siento no poder alegar, *brevitatis causa*, otros argumentos que los de don Miguel: p. ej.: cuanto decía don JOSÉ ORTEGA MONILLA en su *Prólogo* a la obra de LUIS CHAMIZO: *El mijaón de los castiños* (Madrid, 1921), en la que ese escritor extremeño logró reconstruir la emoción y el hablar del pueblo en que naciera, allá en un lugar de la «crasa» Extremadura. Al final, hay un vocabulario de las voces extremeñas por el autor empleadas. Véase el *Prólogo* al tomo segundo de AMUNÁTEGUI, pp. 5-50, donde se cita a Unamuno.

(12) Difícil es asentir a lo que dice Unamuno del discípulo de Schelling, Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832). «Azorín» (*Clásicos y Modernos*, 1913), página 134, es de poca sustancia. MENÉNDEZ Y PELAYO (*Heterodoxos*, III, 1881, libro VIII, cap. 3) es parcial y de una violencia indigna de un sabio. La mejor fuente de información es la *Vida* (en alemán), de KRAUSE por MARTÍN, publicada en 1881. Fué escritor fecundo de materias de filosofía. De 1802 a 1805 fué «lector» en Jena, y de 1814 a 1831, en Gotinga. La doctrina que es inseparable de su nombre—el Panenteísmo—es una tentativa para conciliar el el panteísmo con el teísmo. Su introductor en España, el profesor don Julián Sanz del Río (1814-1869), era merecedor de todos los respetos; mas su entusiasmo por Krause y su sistema fué mera aberración del espíritu.

alambicado en ideas, atormentado, vagoroso, como algunos literatos septentrionales que leía en sus lenguas. Pero domina en él el carácter específico del espíritu centroeuropeo más bien que meridional. Su talento genuino no es enrevesado, es claro, es lógico. Es ingenioso, no fantástico. Su oscuridad—o profundidad—no es más que una variante del conceptismo barroco, que cae muy dentro de la tradición española del llamado «Siglo de Oro». Sobre todo, es buen ensayista. Pero de lamentar es que se haya apartado de los humildes niveles de la realidad, donde su claro, su lógico talento tuviera tanto que hacer, en la exposición y crítica de las literaturas, de la historia de España y de las grandes ideas que inspiran y guían la marcha del mundo moderno...

III. LA POESÍA DE DON MIGUEL (13).

Podía yo tener once o doce años cuando, en la escuela primaria de mi pueblo natal, tuve que disertar sobre la poesía.

He conservado mi pobre trabajo de niño para quien un verso no era otra cosa que la expresión rítmica, sometida a reglas determinadas, de pensamientos a veces triviales, a veces sublimes.

El lema de mi disertación, lo copio tal como está en mi cuaderno escolar de hace cerca de setenta años:

«Dans un de ses poèmes, *Unité*, Victor Hugo se penche sur une humble marguerite et comprend tout ce qu'elle représente de poésie dans sa modeste existence de fleur des champs: elle est elle-même un petit soleil dans ce coin abandonné; elle y a sa raison d'être; elle l'embellit; elle l'anime.»

Se trataba de demostrar que la poesía se encuentra por doquiera, con tal que se la sepa descubrir.

El desarrollo de aquella tesis era superior a mis fuerzas. La nota que me puso mi maestro, M. Paul Fernet, fué: «Trop insuffisant et enfantin.»

Y ahora estoy frente a los versos más cuidadosamente elaborados de Miguel de Unamuno, los de las *Poesías* de 1907, los

(13) En este párrafo me abstendré de hablar de las poesías de Unamuno posteriores a su *Cristo de Velázquez* (1920), ya que nada añaden a lo que pudo ser su estro poético, si no es que aquilatan esta verdad como un templo: a saber, que la poesía de don Miguel es una poesía, si no positivamente malograda, a lo menos, no-lograda.

del *Rosario de sonetos líricos* de 1911, y de *El Cristo de Velázquez* de 1920.

¿Qué nota me merecen, a mí, que he sido maestro de niños ya grandes y que se creían hombres?

Nascuntur poetae, oratores fiunt...

Ha confesado Cervantes:

Yo, que tanto me afano y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia, que no quiso darme el cielo...

Había en Unamuno un gran poeta infuso.

Un gran poeta sin lograrse.

Le oí recitar versos. Eran los famosos a Salamanca. No hay nada que me embriague tanto como oír recitar versos, versos que son poesía. En Toulouse, de estudiantes, éramos tres o cuatro poetillas. Cuando habíamos vaciado el saco de nuestras producciones, recitábamos las ajenas. Porque los poetas sueñen ser generosos y desinteresados. No pasa otro tanto con los músicos. Nunca oí a uno de ellos tararear con afinación y buen gusto la obra de un colega. He oído, en cambio, a varios poetas recitar de memoria y con entusiasmo los versos de poetas rivales suyos. Les he visto hasta estremecerse de admiración ante un hexámetro bien construido, musical y sonoro. En ocasiones, diríase que ponían en la voz inflexiones de amante y vagas caricias en las manos, mientras murmuraban una bella estrofa clásica, de forma impecable..., de esa forma de la que dijo Zorrilla en su *Discurso* de la Academia:

La versificación es la cuadriga
de corzas blancas en que va a las fiestas,
la góndola de nácar en que boga
y las alas de cisne con que vuela...

La intención poética existía en él; sólo que, al ponerse a cantar, en vez de la gracia sin esfuerzo de los poetas natos, de los Garcilaso, de los Verlaine, lo que da de sí es un esfuerzo angustioso, una hinchazón de pensamiento, un flujo de materia verbal.

El ruiseñor melodioso se ha convertido en el apocalíptico cuervo de Poe.

No ha sido Unamuno el primero, ni fué, ni será el último de los

literatos de talento empeñados en escribir versos sin ser poetas.

«Il se tue a rimer: que n'écrit-il en prose?» Así decía nuestro Boileau de otro rimador, irreprochable él también en su vida y en sus costumbres, laborioso vate de la prosaica *Pucelle*, Jean Chapelain. Y es que a Chapelain le había sido el Pegaso avaro de sus coces, manadoras de Hipocrenes.

Las *Poestias* de 1907 pudieron suponerse cual paso en falso. Antes bien, el desesperado grito místico que despedían algunas de ellas—los *Salmos*—permitía esperar, para la lírica española de principios de siglo, una nota original, si el bizarro y culto catedrático de griego la hubiese cultivado por innata vocación irresistible.

Mas en 1911, cerró el *Rosario* todas las ventanas del optimismo en cuanto se trataba del porvenir poético de don Miguel.

Los pocos—el seudohispanista Jean Cassou en el *Mercure de France*, ante todo (14)—que, en Francia, han hablado de Unamuno poeta y mentado aquel *Rosario*, no parecen haber tenido la menor idea de que una de las más certeras fuentes de inspiración de Unamuno era Carducci. Mas yo no alcancé a ver que en ningún momento le haya servido la total inspiración para que baje hasta él el soberbio aliento lírico del cantor del Clitumno (15). Y si es Carducci más de una vez un razonador en verso, hay entre el razonador itálico y el razonador vasco la diferencia de que Carducci nutre siempre un pensamiento sustancial y preciso y, al convertirlo en palabra, lo enciende en emoción, de suerte que vuela musicalmente alado, mientras en Unamuno no adquiere casi nunca el calor y el ímpetu mélicos.

(14) De los otros, no vale la pena citar los nombres: dos o tres, nada más. Apuntaré un dato curioso. Cuando en 1939—número de 7 de enero—las *Nouvelles Littéraires* dedicaron medio número a *L'Espagne éternelle*, apenas si se citó a Unamuno de pasada (creo que dos veces, en el artículo «Littérature contemporaine», por JEAN CAMP, y en el titulado «Mystiques espagnols», por JEAN BARUZI, profesor en el Collège de France).

(15) No es mi intento cazar gazapos ni en la prosa ni en los versos de Unamuno. Pero ¿cómo no apuntar que en la estrofa de *Miramar* en que Carducci le profetizaba a Maximiliano,

¡Oh, non d'amore e d'avventura il canto
fia che l'accogla e suono di chitarre
là ne la Spagna de gli Aztechi!

confundió su traductor—*traduttore, traditore*—el futuro: *fia che l'accogla*, con un subjuntivo y puso—traicionando así a Carducci:

¡Oh, no de amor y de ventura el canto
allá le acoja y sonos de guitarras
de los Aztecas en la España!...

Algo del clasicismo redivivo de Carducci quizá se halle en Querol, tal vez en don Juan Valera y ciertamente en Menéndez Pelayo. De él no encuentro traza en Unamuno. Sus versos son los de un razonador dialéctico. Duros, leñosos, vid en invierno, sin fronda, sin racimos. Les falta la frescura de lo vivo, los matices de la savia original. Si quedan unas hojas adheridas a los sarmientos, el alivio que dan al espíritu hace sentir más aún la falta de exuberancia de la planta. Así en el soneto que empieza:

Tus ojos son los de tu madre, claros...

El metro—y el estro—le son rebeldes.

Nunca alcanza a dominar del todo la medida y la inspiración se le frustra. Así, le vemos jadear en el empeño, abusar de las licencias, rendirse ante el vano esfuerzo de convertir en once las sílabas que no pasan de diez o suman doce. ¡Lástima grande el que la forma del verso de Unamuno no corresponda al espíritu que anima su poesía! El espíritu que anima su poesía es robusto y original, como su entera producción. Espíritu «castizo», por cierto...

Un áspero misticismo inspira sus mejores pensamientos, cuando no le exacerba un acicate de muy distinto origen, acicate de trágico humorismo, a lo Carlyle. Inspirándose en Hazlitt, escribió Unamuno que un soneto es un suspiro que brota de la plenitud del corazón, una aspiración voluntaria, nacida y muerta al mismo tiempo. Muy bien. Mas la poesía no sólo de sinceridad vive. Le hacen falta otras cualidades que por desgracia le faltaban al sonetista lírico, y son la maestría de la forma y la musicalidad de la estrofa. Dijo Shakespeare:

The man that has no music in himself
nor is moved with concord of sweet sounds,
is fit for treasons, stratagems and spoils;
the motions of his spirit are dull as night,
and his affections dark as Erebus;
let no such man be trusted: mark the Music.

(*The Merchant of Venice*, V, 1, 83-88.)

Y paso al *Cristo de Velázquez* (16).

(16) ¿Quién no se maravillará al representarse el enorme desvelo, el colosal esfuerzo que supone la acción de componer los innumerables endecasílabos que llenan las ciento sesenta y cuatro páginas en que se expresan las ideas

Y ahora, de nuevo, he de insistir en que la más certera señal de que estamos frente a un *verdadero* poeta consiste en comprobar si ha salido al aire de la vida cantando con la mismísima naturalidad y hermosura con que en el soto cantan los jilgueros. Es que la poesía, en su sentido más hondo, tiene por esencial virtud la gracia, don inconsciente que hace al poeta elegir las más seductoras imágenes, las más armoniosas cadencias, las más sugestivas comparaciones. Es *El Cristo de Velázquez* obra que sólo un soberano talento pudiera concebir y realizar. Armazón espléndida para una gran realización poética. ¿Cómo la llevó a cabo don Miguel? Con materiales que al lector menos dotado para apreciar versos le llenan de perplejidad. Dejemos esto de que un *poor man as Hamlet is* se dirija familiarmente, tan familiarmente, a su Criador. (Así en aquel soneto que empieza:

Señor, no me desprecies y conmigo
lucha...)

Es usanza común en los místicos... y en algunos que no lo son, creyendo serlo. Mas desde los primeros versos del *Cristo* (17), en que se glosa un párrafo del Evangelio atribuido a San Juan, nos encontramos frente a un desafío:

«No me verá dentro de poco el mundo,
mas si vosotros me veréis, pues vivo
y viviréis—dijiste—; y ve: te prenden
los ojos de la fe en lo más recóndito
del alma; y, por virtud del arte, en forma
te creamos visible. Vara mágica
nos fué el pincel de don Diego Rodríguez
de Silva Velázquez. Por ella, en carne
te vemos hoy. Eres el Hombre eterno
que nos hace hombres nuevos. Es tu muerte
parto...

¿Son versos? Sí, endecasílabos y libres, de la más indiscutible tradición académica, desde los albores del siglo xvi. Pero son

y emociones de Unamuno ante el Cristo pintado por Velázquez? Da grima pensarlo.

(17) Me pasó preguntar a varios «hispanistas»: «¿Qué Cristo es ése de Velázquez?» Ni uno sabía que en la sala 10 del Museo del Prado estaba la imagen de Cristo en la cruz, pintada hacia 1628... Ninguno parecía haber leído el soneto de Unamuno sobre el «Cristo español» de las monjas clarisas de Palencia. Es verdad que «ser hispanista» en nuestra Université des Camarades no implicaba tales menudencias. *De minimis non curat praetor.*

versos viejos, pedregosos; a lo mejor: de la época del barroco, del conceptismo, de los autos sacramentales, de las alambicadas disputas sobre puntos oscuros de la doctrina católica. «La forme—escriben los últimos historiadores de la Literatura española en Francia (18)—est volontairement négligée. On lui a reproché des allitérations peu heureuses, des ellipses par trop hardies, des cacophonies, des chevilles. Cependant, il sait frapper de fort beaux vers... et obtient des effets d'une concision puissante» (pág. 390) (19).

IV. DON MIGUEL, DRAMATURGO

En su *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*, confiesa Lope de Vega que no aplica las reglas inventadas por los sabios

porque, como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto.

En sus comedias no habló Don Miguel «en necio». ¿Si será por eso que no le «dió gusto» al «vulgo»? Mientras no se tenga a la mano la muy próxima selección de toda su obra dramática por una Editorial matritense, hay que atenerse a los pocos datos fidedignos que sobre ella pudo coleccionar en su *Tebaida de Pau* el celo hispánico de su admirador gabacho (forma poco hábil para designarme a mí mismo).

Por los años 1922-23 estuve en frecuente comunicación epis-

(18) De los que sólo uno vive, aunque figure el otro en el título de la obra (1952) como «professeur agrégé au Lycée Janson-de-Sailly, pues hace años que murió. Es el que vive el distinguido hispanista M. Robert Larrieu, cate-drático de español en el Liceo Henri IV, de París.

(19) Además de las seis poesías que hizo publicar el hijo político de Unamuno, J. M. Quiroga Plá, en el núm. 19 de la Revista mensual *Hora de España* en junio de 1938, pp. 13-27 (notaré a este propósito que esta Revista no se publicaba «en Madrid», sino en Barcelona, y componían su redacción M. Altolaguirre, Rafael Dieste, A. Sánchez Barbudo, J. Gil-Albert—su secretario de redacción—, Ramón Gaya, A. Serrano Plaça, Angel Gaos, María Zambrano y E. Casal Chapi. Era un órgano netamente «rojo» y su consejo de colaboración contaba con escritores adictos a la «República española», entre otros, a Antonio Machado, T. Navarro Tomás, Rafael Alberti, Dámaso Alonso, Enrique Díez-Canedo, Corpus Barga, J. J. Domenchina, Juan de la Encina, etc.), ha de advertirse que en el *Suplemento Literario del Servicio Español de Información*, editado por J. J. Domenchina en Valencia y después en Barcelona, se publicaron—dados expresamente como «inéditos»—tres poemas del «Cancionero» de don Miguel: *Aguá del Tormes, Avila y Segovia* (los otros colaboradores eran: Antonio Machado, Emilio Prados, Juan Gil-Albert, Pedro Garfias, Max Aub, José Herrera Petere, Ernestina de Champourcin, J. J. Domenchina, Manuel Altolaguirre y E. Díez-Canedo). Se publicó aquel *Suplemento* en mayo de 1938, en Barcelona.

tolar con el literato florentino Gilberto Beccari, del que traduje al francés su «Romanzo del Gran Chaco»: *Vita Vergine*, publicado por Bemporad en Florencia. En la feria del libro de Florencia recuerdo que representó a España. Fué él quien tradujo al italiano en 1913 el *Commento* unamunescos al *Quijote*; en 1914, la primera parte del *Sentimiento trágico*, reeditada en 1924 con la segunda (20); en 1934, siete *Ensayos* de don Miguel, bajo el título del primero de ellos: *Il segreto della vita*; unos dos años antes de publicar la traducción del *Quijote* de Unamuno, había publicado unas páginas del relato de viaje de Unamuno en 1899, incluidas en *Impressioni Italiane di scrittori spagnoli*, libro publicado por Carabba en Lanciano; y en 1920, editado por Vallecchi, en Florencia, otro extracto de los recuerdos juveniles de don Miguel, *Fiore dei miei ricordi*; al año siguiente se publicaron por Carabba, en su serie: *Antichi e Moderni in versione scelte*, las traducciones de la tragedia en tres actos *Fedra* y del drama, en tres actos también, *La Esfinge*. Esta se publicó en agosto; *Fedra* en octubre, de 1921.

Había señalado a Beccari el artículo de J. Francos Rodríguez, el ex-ministro de Instrucción Pública, sobre *La Esfinge*, y figura traducido al italiano en la *Introducción* de veinte páginas, por F. Carlesi, que precede a la versión del drama. De Unamuno se dice: «Ha un amore infinito per il paradosso. E un savio e suole dirci che la sapienza è un inganno. Non si sazia di legger libri di ogni specie, ed in cento occasioni proclama che i libri non procurano altro che dannose indigestioni cerebrali. Ma, a parte queste «pose» del suo ingegno, è un amante fidelissimo della verità, e per ciò risveglia l'ammirazione sincera dei suoi simili, abbastanza schiavi, per piacere e per forza, di migliaia di menzogne.»

La Esfinge, escrita en la época de la juventud de su autor, corregida en los años de madurez (21), fué su primer ensayo teatral. Mas no es de ninguna manera obra de teatro. Se refería Francos Rodríguez al juicio del periodista Pinilla, joven amigo de Unamuno, el que había escrito que era «la tragedia de un alma en lucha con el mundo, que hace y deshace su propia existencia, que desmenuza todas sus ideas, todos sus sentimientos

(20) En colaboración con Odoardo Campa.

(21) En 1909.

y acaba por redimirse a sí misma, sin que la grandeza de su acción llegue a ser entendida por los que circundan al héroe de la fábula». *La Esfinge* recuerda vagamente a Ibsen, mas la acción del drama es tan descarnada que me hace pensar a veces en una imitación de Alfieri. ¿Qué decir de *Fedra*? La escribió en 1911. De griego no tiene más que su título. La distancia que separa la *Fedra* de Eurípides (22) de la de Racine no es tan grande como la que media entre la de D'Annunzio y la del profesor de Salamanca. La *Fedra* de este último es una *Fedra* cristiana. «Questa *Fedra* cristiana—léese en el *Prólogo* de la traducción de Beccari—ha orrore della sua passione, e ci offre così lo spettacolo più capace d'eccitare nelle anime nostre un'immensa pietà: quello d'una creatura umana che soccombe suo malgrado a un'inclinazione colpevole, aggravata da oscure forze ereditarie, che prova rimorso della sua debolezza come se nemmeno si fosse provata a resistere, e alla quale il suo traviamiento è un inferno; fino a che una morte volontaria espia l'ultimo delitto della calunnia lanciata contra Ippolito, mentre ci viene spontanea la domanda: se anche di questo, —data l'esaltazione ed esasperazione isterica a cui è in preda—, ella possa dirsi pienamente responsabile.» Cuando se estrenó—el miércoles 9 de abril de 1924—la *Fedra* de Unamuno en *Martín*, publicó *La Libertad* del siguiente día la fotografía de una escena del primer acto. Basta verla para comprender el enorme contrastido de representar una obra de esta índole con actores vestidos a la moderna... El texto de *Fedra* se publicó en español, pero en una Revista de poco acceso.

El gran éxito de *Todo un hombre* en 1925 hacía presentir una pronta divulgación de la obra escénica toda del autor, cuya existencia, conocida de algunos, quedaba envuelta en las neblinas de la hipótesis. Mas *Todo un hombre* no era un drama, sino una novela corta—una de sus *Novelas ejemplares*—llevada

(22) Si bien el título de su tragedia es *Hipólito*, como el de la tragedia de Séneca... He vuelto a leer, tras la *Fedra* de UNAMUNO, la de Racine. ¡Qué diferencia! Su tragedia nos enseña a desconfiar de nuestra debilidad. Es la obra maestra de un cristiano y hay que interpretarla así. Nos enseña la moral austera del jansenismo: que es de una eficacia terrible, pues cuando (según ella) nos abandona Dios a nosotros y a la perversión de nuestro corazón, no hay excesos que no seamos capaces de cometer, aun cuando llegamos a detestarnos. La *Fedra* de UNAMUNO ha sido llamada por él una *Fedra cristiana*, mas no es un personaje escénico. Toda la obra se resuelve con un insípido diálogo. Falta el soplo trágico y quedamos fríos, insensibles a esta aventura.

al teatro, con sus mismos diálogos y el mayor respeto a su construcción de extremada sobriedad, por don Julio de Hoyos. *Fedra*, representada en Madrid casi privadamente primero—en 1917 ó 1918, no recuerdo exactamente la fecha—y luego ante el público general en 1924, como se acaba de notar, pecaba ante todo de demasiado pobre escenificación, pudiendo—según palabras de su autor—«representarse con la misma escena para los tres actos, consistiendo en una blanca sábana de fondo que simboliza (¡¡) un cuarto, una mesa de respeto y tres sillas para que puedan sentarse—si lo creen alguna vez de efecto—los actores y vestidos éstos en traje ordinario de calle». ¡Extraña concepción del teatro! Diríase que don Miguel no lo veía como cuadro animado, que obra sobre los sentidos todos del espectador y que ese hombre demasiado genial se imaginaba que los personajes de las tablas que representan el mundo pudieran hablar en la oscuridad, ya que viven sólo de una vida interior—y él gustaba de llamarles, mejor que «personajes», «agonistas» (en el sentido dado a su *Agonía del Cristianismo*), es decir, seres que hay que ver por dentro, en la íntima realidad de su mismo ser, no perdiéndose en la engañosa aparición de lo externo—, si bien todo en ellos es—más que humano—español, castellano, aun cuando su talla difiere demasiado de la común medida. Y el teatro, para lograr grandes éxitos, debe representar a una humanidad no de excepción, sino común, de todos los días, en la que el gran público se reconozca a sí mismo... *Sombras de sueño*, estrenada en 1930, impresa—en corta edición—en 1927, procede de otra novela, publicada en 1920 con el título de *Tulio Montalbán y Julio Macedo*. Pone en juego un conflicto de personalidad, de los que tanta boga alcanzaron antes de la última guerra. Julio Macedo, ¿es el mismo Tulio Montalbán, libertador de una pequeña República americana, cuya historia leía apasionadamente la heroína del drama antes de que arribase allí el misterioso extranjero? El «hombre» en lucha con el «personaje»: éste es el tema que desenvuelve Unamuno. ¿Influjo de Pirandello? En las más antiguas novelas de don Miguel he notado «aproximaciones», sin que se pueda hablar de imitación directa. Y no cabe mayor diversidad entre la obra teatral de ambos. Pirandello, aun en sus acciones escénicas más violentas, tiende a la comedia, a la farsa. Unamuno no se desprende nunca del sen-

tido de lo trágico—iba a decir: de la tragicidad, aun cuando le falta la *vis trágica*, que es su defecto mayor.

Los títulos de otras obras dramáticas suyas, representadas tan sólo en mínima parte—y algunas no impresas aún—son: *La venda*, *El pasado que vuelve*, *Soledad*, *Raquel*, *El otro* (23), *El hermano Juan*. Y no olvido la traducción de la *Medea* de Séneca, en viva prosa castellana de sabor hispano, como los versos del cordobés, representada en el teatro antiguo de Mérida por Margarita Xirgu en 1933 y 1934.

V. OTROS ASPECTOS DE LA VIDA DE DON MIGUEL

Habría que hablar de su «filosofía». Mas lo que podría decir de ella concuerda tan exactamente con lo que sobre este tan discutido—y discutible—particular escribió don César Barja en su obra *Libros y autores contemporáneos* (New York, G. E. Stechert & Co., s. a. [1935]), en el capítulo V, «Rapsodia mística» (Ciencia y Religión), pp. 68-79 y en el siguiente, «Sentido y finalidad de la vida», pp. 79-88. También hay que leer el VII: «La agonía del Cristianismo. Valores vitales y valores culturales». Son páginas definitivas, y cuanto yo pudiera añadir a ellas consistiría en glosarlas: tarea inútil.

Sobre Unamuno y Primo de Rivera, cuando la deportación a Fuerteventura, hay amplia materia para comentarios. Ha pasado la época de los apasionamientos, de las diatribas locas. Las hubo hasta en la Argentina, y básteme citar al tribuno y profesor don Alfredo Palacios. ¿De qué lado estaba la razón o, si se quiere, la justicia? ¿Quién dudó hoy del patriotismo del «dictador»? Ciego el que no ve por tela de cedazo. España se hallaba en estado de sitio. Se habían suspendido las garantías constitucionales. ¿Estaba tan radical medida pensada con razón? Sólo la ignorancia de lo que habían sido los regimenes anteriores podría hacer vacilar la respuesta. La obra de Primo, cumplida su revolución, pudiera ser salutífera, con tal que se le dejara pro-

(23) Publicado en 1932. En 1940, el 1.º de febrero, el Teatro Español Universitario representó en Madrid, en el Español, una obra dramática de Unamuno, cuyo título desconozco, pues no lo da la referencia de la pág. 121 del *Cuaderno I de la Cátedra de Miguel de Unamuno*, Salamanca, 1948.

N. DE LA R.—Fué la titulada *El otro*.

seguirla en paz. Una prensa partidaria, o, mejor, «partidista», no se lo permitió, unida a un parlamentarismo sucio...

Unamuno, en aquella contienda feroz, tomó partido. Sabido es en qué sentido. La continuación de las reformas de Primo de Rivera se halló en grave peligro de zozobrar. «Miguel de Unamuno—escribía el marqués de Dosfuentes en su libro: *El alma nacional*—es una fuerza, desencauzada aún, que no ha hallado todavía su manera.» Y ¿qué había escrito don Miguel en su *Vida de Don Quijote y Sancho*? Esto, que parece ser una anticipación del aborrecido «dictador»:

«... Esto es una miseria, una completa miseria. A nadie le importa nada de nada. Y cuando alguno trata de agitar aisladamente este o aquel problema, una u otra cuestión, se lo atribuyen o a negocio, o a afán de notoriedad y ansia de singularizarse.»

Y fué él también quien escribió:

«Una vez, ¿te acuerdas?, vimos a ocho o diez mozos reunirse y seguir a otro que les decía: *Vamos a hacer una barbaridad*. Y es lo que tú y yo anhelamos, que el pueblo se apife y, gritando, ¡*vamos a hacer una barbaridad!*, se ponga en marcha...»

La «barbaridad» que quiso hacer Primo de Rivera era la salvación de España... Mas prosigamos citando a don Miguel:

«¿No crees, mi amigo, que hay por ahí muchas almas solitarias a las que el corazón les pide alguna barbaridad, algo de que revienten? Ve, pues, a ver si logras juntarlas y ponernos todos en marcha—porque yo iré con ellos y tras de ti—a rescatar el sepulcro de Don Quijote, que, gracias a Dios, no sabemos donde está...»

El «crimen» del «dictador» ¿fué apartar a Unamuno del campo de una lucha equivocada? (24) Concedamos que el celo de Primo de Rivera fué un tanto extremado, espectacular. Mas el «destierro» fué tan leve, tan liberal, tan excesivamente benigno... *Much ado about nothing*.

De la actividad política de Don Miguel en Salamanca, en 1935—en una Salamanca donde había 14 conventos de frailes, 23 de monjas y 25 iglesias—, cuando las elecciones a las Cortes Constituyentes, creo que haré mejor en guardar «de Conrart le si-

(24) Sabido es que la carta en que comunicaba sus impresiones don Miguel a un corresponsal amigo suyo en América, fué publicada por otro en la Revista *Nosotros*, de Buenos Aires.

lence prudent», como dice Boileau. No es que me falten documentos. Al revés, abundan en mi archivo. Mas ¿a qué reanimar cenizas extintas? Las polémicas acerca del expediente electoral de cierto prohombre, futuro ministro de la República—fué ministro de la Guerra—por poco dejan a don Miguel sin acta. A don Miguel que le amparaba (25). Y cuando en las Cortes, ¿qué hizo don Miguel, sino burlarse de sus oradores, como ya hiciera en aquel artículo de *El Sol*, «Sobre el Parlamento o Palabramiento», que traduje en mi libro *Gloses?* (pp. 32-33) (26).

Prefero terminar este capítulo con algunas notas de mis relaciones literarias con Mario Puccini en 1939, del Puccini que el año anterior dedicara a Salamanca algunos pasajes de sus notas de viaje a España, publicadas en Milán con el título: *Amore di Spagna*, y traducidas en *La Gaceta Regional*, a que se refiere mi nota 25, por don Manuel García Blanco (*Cuaderno I*, citado en mi nota 23, p. 109). Puccini dice que «dei contemporanei, Unamuno è quello che più si impone e persuade...» Recuerda que hizo conocer a la juventud española de aquel entonces «le prime bellissime novelle di Papini e le pagine polemiche—letterarie e politiche—della gioventù italiana, non ancora giunta alla guerra, cioè ad una affermazione definitiva e compiuta da sé; così il gruppo di Papini e della *Voce* segnalano lo spirito attivo e combattivo del '98 attraverso i saggi e le opere». De don Miguel dice así Puccini: «Unamuno parla anche per i suoi sodali e coetanei. Nella sua voce c'è tutta la Spagna d'allora»...

Quizá haya en esto alguna exageración. Fué preciso que, con la penúltima guerra, fuesen a Italia los Gómez de Baquero, Pérez de Ayala, Américo Castro para que se revelase no sólo la Italia literaria, sino la Italia que luchaba con otros problemas más arduos que los de las letras puras. «Unamuno—continúa Puccini—amava ieri i battegglieri accenti dei nuovi scrittori italiani della *Voce* e di Firenze; ma gli altri scrittori spagnoli che ignoravano quel travaglio, o lo conoscevano soltanto attraverso

(25) Véase *Cataluña-Companys* (con prólogo de «Azorín»), por F. GÓMEZ HIDALGO. (Madrid, Enrique Prieto, 1935), p. 177. Sobre el autor de este libro, véanse las «Memorias secretas e íntimas de Azafía» en *La Gaceta Regional*, diario nacional de Salamanca, núm. 5.223, del sábado 23 de octubre de 1937.

(26) Sobre los dos artículos de UNAMUNO en el *Mercantil Valenciano*, que le valieron la sanción de la Audiencia criminal de Valencia en 1921, véanse las pp. 106-108 de este mismo libro mío.

le parole del loro Maestro, quel che più li toccò, quello che veramente li sorprese fu la meravigliosa capacità d'azione e di sacrificio di cui la gioventù italiana dava prova sulle balze del Carso, o nei boschi degli altipiani. Anche Unamuno se ne accorse. Uomo di sentimento e latino, egli sentì che il travaglio delle nuove generazioni italiane, ieri soltanto espresso in libri e in giornali, era qualche cosa di più che un fatto della letteratura e dell'intelletto. Soprattutto sentì che si trattava di un impegno disperato e totale...» Puccini sigue relatando sentimientos de Unamuno que no sé si los exageraba. De un artículo suyo en el semanario de Madrid, *España*, el 19 de agosto de 1922, titulado: «Las camisas negras o la revolución nacional», pretendió, en una carta de aquel mes, que era «il primo articolo apparso all'estero su Mussolini ed il fascismo.» Y, de *España*, decía: «I compilatori di questa Rivista sono degli uomini intelligenti, ma non sono dei mistici. Dicono, ripetono di amare la Spagna, di volerla salvare, ma non hanno essi la vigorosa chisciottesca innocenza dei nostri *Vociani*, cui guidava un solo pensiero: l'Italia. La loro battaglia è personale; e quando dalla polemica passano all'azione, l'ideale cede in essi di fronte all'interesse. Giungere al potere, ecco il loro impegno. Conquistare, non salvare la Spagna, ecco la loro mèta...» Acaba hablando de Giménez Caballero, de su *Gaceta Literaria*, que llama «una diana anche politica; non c'è ancora una *Falange*, ma si sente che sta per sorgere, e Giménez Caballero, spiritualmente, se non anche ideologicamente, la prepara...» (27).

Faltaría hablar de las relaciones entre Unamuno y Soriano cuando el «exilio» de Fuerteventura. Mas, como dice un viejo cantar de las montañas vascas, no quiero que «las brujas de Zugarramurdi soplen en la hoguera». Conocí a Soriano *intus et in cute*. Era él también vasco. En 1921, en la página 97 de su *Dario de Regoyos*, aludiendo a su apellido, Barroeta Aldamar,

(27) Sobre GIMÉNEZ CABALLERO, léase el *Prólogo* de CARLO BOSELLI a su *Roma risorta nel mondo* (Milano, Hoepli, 1938), pp. VII-XX. Boselli, uno de los más fervientes hispanistas de Italia, desapareció en 1944 en la tormenta. Uno de sus últimos trabajos es el dedicado a «La tragedia di una letteratura», publicado en marzo de 1938 en la *Alleanza nazionale del Libro. Rassegna di Cultura*, pp. 343-346. (En su *Guida allo studio della Lingua Spagnola*, Milano, 1936, me llama, p. 23, «il dotto ispanista e italianista francese», y, p. 146, «l'insigne ispanista francese», a propósito de mi libro *Hispania*, publicado en 1930: *Hispania*, o sea *Introducción al conocimiento práctico de España, su lengua, su historia, su literatura y su vida toda*. Paris. Hatier, 305 p., con 2 mapas y 44 láminas.)

escribía que no por esto le cegaban sus amores hacia tan excelsa tierra, añadiendo: «No hay ninguna que en bellezas naturales, en hermosura de la raza, en cultura de las costumbres, en valentía natural y prudente gobierno de ella misma, se iguale a la gran Vasconia. Su carácter fué retratado en otros siglos por la mano maestra de Tirso de Molina:

Vizcaino es el hierro que os encargo,
corto en palabras, pero en obras largo...

Es la historia toda, trazada por el cincel de Tirso, de una gran raza...» Y en la página 145 de otro libro—*¡Guerra, guerra al infiel marroquí!*—publicado aquel mismo año de 1921, dice que su abuelo heredó el título de don José María de Murga, nacido en Bilbao, muerto hacia 1860, y no lo quiso; «mi padre, con más razón, hizo lo propio; en cuanto a mí, me han sobrado mil razones para seguir sus huellas y su ejemplo». En una noticia que le dediqué en 1924 decía: «Rodrigo Soriano est, en Espagne, un personnage légendaire. Sa forte carrure de lutteur, son sang-froid, sa volonté de fer, s'imposent tout de suite à la déférente attention. Le passé de ce républicain de vieille date n'est inconnu que chez nous. Tras los montes, il n'est personne qui ne sache ce qu'a dépensé d'énergies pour la transformation sociale de son pays ce descendant d'une aristocratique famille, qui semblait être né pour passer une douce existence de riche amateur, parmi les belles oeuvres d'art, les livres rares, les tableaux, les statues...» Y seguía resumiendo su agitada vida hasta el regreso a París, tras la «liberación» de Fuerteventura. «Lui seul—decía—a eu hier le courage de s'offrir—dans una lettre a l'Ambassade d'Espagne publiée en entier dans un quotidien de la capitale—à être transféré a Madrid pour y être jugé...» El mérito singular de aquel gran luchador fué el haber dilapidado bravamente su fortuna y su cotización en el mercado literario de su patria, de echar a perder su magnífico talento por el placer de combatir en medio de la calle. Mas esto no quita el haber sido, a principios de este siglo, uno de los más cultos escritores españoles, uno de los periodistas más soberanos de Madrid, el único quizá que viera la actualidad con ojos de artista. Fué un luchador perpetuo y ¡qué luchador! Político, orador, caudillo, literato de insuperado fuste, era sobre todo artista, y sus mis-

mos ímpetus y arrebatos traían destellos de-luz increada. Cuando su *Dario de Regoyos*, escribió Unamuno en *El Liberal* un artículo laudatorio, reimpresso por el valenciano Enrique Pedrós Almaguer, en octubre de 1921, en la página 5 de su *Prólogo* al libro sobre Marruecos. «En este libro—se expresaba don Miguel— se ve cómo Soriano, exquisito artista, pasó del arte, de la crítica de arte, de la literatura a la política y cómo llevó a ésta toda la educación de aquél. Por lo que empezó desconcertando a los nuevos políticos. Es el libro la tragedia de muchos rebeldes de entonces y sometidos de hoy. ¡La vida que nos ha hecho revivir Soriano con su libro! Pero ¡qué mundo! Y a él hemos de volver. Más de una vez tendremos que referirnos a este libro de Soriano. Y a su *Goya*, su *Loti*, su *Daudet*, su *Huysmans*.» Mas ¿quién recuerda ahora sus memorables artículos de *La Epoca*, de *Los Lunes de El Imparcial*—en los que dió a conocer a Blasco Ibáñez en Madrid—, su exquisito libro *La Walkyria en Bayreuth*? Y otros trece... Es su caso uno de los más patentes casos de incomprensión literario-partidista de la Península. Y con esto queda dicho todo, si no es que, en Fuerteventura, chocaron dos naturalezas incompatibles. Peor es hurgallo...

VI. NAENIA POLITICIS SATIS OFFICIOSA QUERELIS

Sí, fué Unamuno uno de los escritores españoles que, con Ganivet, más cerca anduvieron del secreto de las más hondas raíces ibéricas. Mas no pocos fueron los que, a pesar de cuantos méritos acumulaba su compleja, desconcertante personalidad—desconcertante no lo era más que para los que no pudieron (o no supieron) ahondar en las entretelas de su inquieto pecho—, le guardaban secretos rencores por haber fallido a su misión. ¿Qué hubiera sido de él, si hubiese vencido en su oposición a la cátedra de vascuence del Instituto de Segunda Enseñanza de Bilbao? «¡Quién me ha hecho—dirá en uno de sus arranques líricos—esta alma que ha gozado en el combate, que ha comprendido lo del «dolor sabroso» teresiano, que ha hallado la alegría de la tristeza y la tristeza de la alegría, que ha hecho de su pesimismo trascendente el sostén del inmanente

optimismo, quién me ha hecho esta alma, sino vosotras, montañas de mi tierra bizkaína? Fué en tu regazo umbroso, en que canta la lluvia, Pagazarri, donde aprendí de «Obermann» que, si es la nada la que nos está reservada, debemos hacer que sea ella una injusticia. Y ahora, es a tu regazo a donde vengo por fuerza, para seguir luchando por la lucha.» ¿Es que no amaba a España? Negarle amor y «agonía», celo y esperanza por su patria grande, sería sacrilega injusticia, ceguera de una deshonesta pasión. Mas ¿supo serviría cual convenía? Enterizo y libre a un tiempo, en dura polémica interior entre lo que tenía de místico y de hereje, de clásico y de romántico, de funcionario regio y de tribuno civil, simboliza exactamente el espíritu de su época, el disconformismo iluminado que caracteriza los acentos de su generación. Hombres así eran incapaces de construir a España de otro modo que con aquel lirismo un tanto seco con que Unamuno cantó la naturaleza, con aquel corazón siempre en rebeldía, siempre en melancolía, con corazón a lo Miguel de Cervantes, un solo corazón para los dos seres que vivían en cada uno de ambos Migueles: Don Quijote y Sancho.

El sino de aquel desarraigado fué hondamente trágico. Hasta su último aliento le persiguió sin tregua. Era uno de los más claros valores del pensamiento español no ya contemporáneo, sino histórico todo. Con algo de San Agustín y algo de nieto de Lutero, frío y ardiente, monje y padre de familia, hubiera sido quemado tres siglos antes en las hogueras del Santo Oficio. De esto no cabe duda. ¡Ay de mí y de esos Migueles de España! Pienso en un Prisciliano haciendo pajaritas. Ese obispo de Avila fué (con seis discípulos de ambos sexos) el primer mártir de su fe herética. En su sistema se unen agnosticismo, maniqueísmo, arrianismo, sabelianismo... y doctrinas de su propia cosecha (que el matrimonio era una abominación, que eran las almas parte de la sustancia divina, que venían a la tierra a vivir en cuerpos mortales como castigo de sus pecados en el cielo, que los hombres no podían resistir el influjo de las estrellas, etc.) Pienso en un Servet, el de Tudela, sociniano, quemado vivo. El de Alcalá de Henares, ¿no fué también, a su manera, otro heterodoxo? Y el de Bilbao, para su generación ahogada con el soñador granadino, fué algo así como un ángel de tinieblas, con chaleco de pastor protestante. «Hombre extraño», lo llamaba

Fernando Valera en *El Diluvio* de 18 de octubre de 1936 (en el artículo «Cain de España»). A la naciente República la saludó desde el balcón del Ayuntamiento salmantino. Nació con signo de paz; una mañana de abril, se había abierto en el cielo primaveral el alba de un nuevo día, azucena blanca que tuviera por campánula el firmamento empapado de luz. Cantaba el pueblo su libertad, conquistada sin derramamiento de sangre. Se reían cual niños. Olvidaban las amarguras pasadas, ¡qué buena era aquella paz! Y en el corazón de Unamuno nació un ansia de renovar a su España, sin causar dolor ni agraviar al prójimo. A las Cortes Constituyentes concurría el alma de la nueva España para legislar la obra de la paz. Las conciencias habían de ser libres, pero la Iglesia respetada. Una nueva forma económica iba a surgir en el país, transformando la propiedad y reformando la vida del campo, mas sin causar graves quebrantos a los antiguos propietarios. Todos los poderes emanarían del pueblo... ¿A qué seguir? Vino el triunfo del Frente Popular y una mañana—otra mañana—estalló la guerra entre los hermanos de España, que dejaron para siempre de serlo. El odio—llama de la guerra—estaba encendido en los corazones.

Disconforme con todo lo humano—y parte de lo divino—nos ha dejado Unamuno una vida caótica en su misma sencillez, una obra compleja que no me atrevo a llamar ejemplar. Quedará como símbolo del honesto genio rebelde. ¡Amigo Unamuno! Que el Cristo de Velázquez libre a las futuras generaciones de España del unamunismo, del alboroto callejero, de la pedrada en nombre de la cultura y de la libertad! ¡Que, al evocar tu nombre, el pensamiento de tus fieles se cuaje tan sólo en la visión de uno de los más preclaros hijos de Vasconia! Y, cuando se celebre el primer centenario de tu nacimiento—dentro de poco más de un decenio—, sea el primero y más sagrado deber de tus compatriotas el trasladar tus cenizas desde el nicho 340 de la galería Este del cementerio salmantino al monumento, digno de ti, que Bilbao te habrá edificado. «En face, des remparts de Saint-Malo, a cent pas de la ville, l'îlot du Gran-Bé se lève au milieu des flots. Là se trouve la tombe de Chateaubriand; ce point blanc taillé dans le rocher est la place qu'il a destinée à son cadavre... L'île est déserte, une herbe rare y pousse, où se mêlent de petites touffes de fleurs violettes et de

grandes ortias. Il y a, sur le sommet, une casemate délabrée, avec une cour dont les vieux murs s'écroulent. En dessous de ces débris, à mi-côte, on a coupé, a même la pente, un espace de quelques dix pieds carrés, au milieu duquel s'élève une dalle de granit, surmontée d'une croix latine. Le tombeau est fait de trois morceaux: un pour le socle, un pour la dalle, un pour la croix. Il dormira là-dessous, la tête tournée vers la mer, dans ce sépulcre bâti sur un écueil. Son immortalité sera comme fut sa vie: déserte des autres et tout entourée d'orages» (28). Un sepulcro habrá de alzarse, no en un islote, sino en una de las alturas que circundan a tu ciudad natal. Y en su zócalo, de barroqueña piedra, ¿qué mejor inscripción que aquel soneto que «bajo el título de «Niñez» publicado en una de esas revistillas de jóvenes que duran lo que una flor?» (29):

Vuelvo a ti, mi niñez, como volvía
a tierra, a recobrar fuerzas, Anteo;
cuando en tus brazos yazgo, en mí me veo,
es mi asilo mejor tu compañía.

CAMILLE PITOLLET

Pau, 1952.

* * *

P. S.—Escritas las breves *Notas* que preceden, me asalta una congoja. ¡Cómo! ¡No he dicho la menor palabra de mi última entrevista con el «sabio» que no quería serlo!

Fué en abril de 1935, cuando la inauguración del Colegio de España, en la *Cité Universitaire* de París. Estaba don Miguel.

En Francia, parece imposible que el menor acto oficial revista sencillez democrática. Las «autoridades»—representadas por el triste Lebrun; por el insignificante Mallarmé (prestigioso apellido para un ministro cualquiera); por un venerable senador que había sido ministro y presidía la fundación nacional de la *Cité Universitaire*, un tal Honnorat; por un inflado Rector, presidente del Consejo Universitario parisiense, monsieur Charléty, y por varios comparsas cuyos nombres no recuerdo (salvo los de Villey, prefecto del Sena; Prade, concejal del décimocuar-

(28) GUSTAVE FLAUBERT, *Par les champs et par les grèves* (Fasquelle, editeur).

(29) Palabras de UNAMUNO en el *Prólogo* de su colección de artículos juveniles: *De mi país* (Madrid, Fernando Fe, 1903), p. VIII.

to distrito y vicepresidente del *Conseil Général* del Sena, y Marx, director de las Obras francesas en el extranjero...! ¡ah, sí!, recuerdo también a M. Philippe Roy, ministro del Canadá en París). Del lado español, el embajador de la República, Cárdenas (30); el arquitecto del *Colegio de España*, señor López Otero; el profesor Blas Cabrera, vicepresidente de la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado; el «gran filósofo» por antonomasia, don José Ortega y Gasset; don Juan de la Cierva, inventor del autogiro; y, *last not least*, el rector «honorario» de Salamanca. (Había también un sinnúmero de «personalidades», mas para muestra basten estos pocos botones...)

Blanco, blanquísimo, era el pabellón de España—de líneas puras con sus dos alas, entre la Fundación americana y el Centro británico y cerca de los árboles y del césped del *Parc Montsouris*—un conato de reminiscencias ibero-moriscas del mejor efecto. Debía su origen a la Monarquía, habiendo sido fundado en virtud de un acta pasada entre Quiñones de León, embajador personalísimo de don Alfonso XIII, y la Universidad parisiense. Ocupaba una superficie de tres mil metros cuadrados, disponiendo de ciento veinticinco habitaciones estudiantiles, amplio comedor, varios salones y biblioteca...

Del discurso del entonces ministro de Educación Nacional, André Mallarmé, entresacaré el breve paso siguiente: «La création de ce Collège complète et souligne l'importance des différentes activités franco-espagnoles, qui, dans le domaine de l'esprit, connaissent, depuis quelques années, un remarquable essor. Grâce au dévouement de nos nationaux, nous avons des Collèges dans les provinces les plus diverses de la République voisine, à Valence et à Bilbao, au fond de la Galice et dans les ports d'Andalousie. Notre Institut français de Madrid, à côté du lycée français qui applique notre enseignement et nos méthodes depuis un tiers de siècle, accueille nos jeunes érudits curieux de mieux connaître l'histoire, la langue, les mœurs de la nation amie. La Casa Velásquez, à son tour, dresse à Madrid ses nouveaux bâtiments dans le site merveilleux des jardins de la Moncloa. Elle abrite les artistes qui, au retour de Rome, vont

(30) Del que dice, en el *Daily Mail* de 28 de noviembre de 1953, Noel Barber, que es un «*sybaritic expert on food and wine*». El Sr. Cárdenas es en la actualidad director de una escuela de diplomáticos en Madrid.

confronter leurs visions de l'Italie antique avec celles de cette école ibérique dont les maîtres nous ont légué tant de chefs-d'œuvre. Notre Institut de Barcelone est aussi un foyer de recherches scientifiques et d'expansion intellectuelle...»

El sociólogo, el historiador Charléty fué el único que recordó la presencia de don Miguel. Su oración, especie de «olla podrida» de literatura comparada *ad usum Delphini*, culminó en las frases que transcribo:

«Nombreux furent les écrivains espagnols, messieurs, qui, je crois, trouvèrent dans le génie français comme un charme fraternel et une amicale conversation. Sans doute, ce n'est pas à un Miguel de Unamuno qu'il faut demander de trouver ailleurs que dans sa propre substance les éléments de son génie; mais n'est-ce pas chez un Barbey d'Aurévilly que votre Ramón del Valle Inclán découvrit les premiers rythmes d'une poésie épique et musicale? Prose poétique où les rythmes et les sonorités composent une musique nouvelle. Devons-nous rappeler qu'un José Martínez Ruiz, qui a popularisé le nom d'Azorin, lit assidument nos classiques, qu'il a écrit, lui aussi, como Jules Lemaitre, «en marge des vieux livres» et suivi Taine dans sa théorie de la race et du moment? Est-il déplacé de rappeler ici que seul un Salvador de Madariaga qui, a tant de titres, fut des nôtres, pouvait écrire ce livre unique dans la littérature politique et qui s'appelle: *Anglais, Français, Espagnols?*

»Celui de vos romanciers dont la réputation est probablement la plus grande dans le monde, Blasco Ibáñez, me semble (peut-être jugerez-vous notre prétention excessive?) le plus proche de nous; sa légende même l'apparente aux plus fougues, aux plus indisciplinés de nos écrivains. Cet exilé, cet insurgé qui traverse le monde comme une force de la nature, nous étonné et nous ravit. Dans toutes ses aventures, c'est la France qu'il préfère, où il accourt quand elle est en danger; quand nos plus fidèles amis se réservent, il se plaît à célébrer son affection pour elle. C'est en face de notre commune Méditerranée qu'il écrit *Mare nostrum* et c'est devant elle qu'il meurt pour reposer sur notre terre, jusqu'au jour où sa patrie le rappelle et décerne à ses cendres les honneurs somptueux du triomphe.»

Unamuno, espectador mudo, debía volver a ver París, en rápida visita, en la primavera de 1936, al ir a recibir en Oxford su título de doctor «honoris causá». En breve charla con él, aquel día de abril de 1935, recuerdo que le dije, al juzgar su obra definitivamente terminada: «Siento, don Miguel, que no

haya escrito usted para su pueblo...» Me interrumpió en tono desabrido: «Y ¿para quién escribí yo?», me preguntó. Traté de explicarle mi pensamiento. Mas no me escuchaba. Era yo para él lo que había dicho de mí cuando nuestras primeras correspondencias, en los albores de este siglo. «Nuestra diferencia—me escribía desde Salamanca el 16 de febrero de 1906, estando yo en Hamburgo—es más honda de lo que parece y radica principalmente en ser usted francés—quiero decir: cartesiano, metódico y racionalista—y yo español.» Y, en abril de 1906, desde su Bilbao, a donde había ido por cuestiones de familia y el estado delicadísimo de su madre: «Es imposible que nos entendamos, porque usted ama la vida y la ciencia, y yo, en el fondo, detesto a ambas.» Pues bien, aunque aparentaba no oírme, le dije, aquella tarde de la primavera de 1935, unas verdades que sigo considerando como esenciales. Escribir para el pueblo, aprender de él cuanto se pueda—y siempre menos, muchísimo menos de lo que él sabe, por ciencia infusa—es el deber de todo verdadero «buen escritor». Escribir para el pueblo, ¿qué otra cosa es, sino entrar en comunicación directa con el alma de la raza, con el acento espiritual de la patria, por medio del auténtico fondo nacional: del lenguaje? Estas son cosas inacabables, que nunca se acaban de conocer. «Sí, don Miguel—le dije, forzándole a escucharme—: escribir para el pueblo es, por mal que le pese a usted, llamarse en España Miguel, no de Unamuno y Jugo, sino de Cervantes, Shakespeare en Inglaterra, Tolstoy en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Mas usted no ha pasado de folklorista, es decir, de aprendiz del saber popular. Y siempre que, leyendo algunas de sus obras, tropiezo con un tono seguro en las palabras, pienso, don Miguel, de mi alma y de mis pecados, que me enseña usted algo que debe de haber aprendido del pueblo, *de su pueblo...*» En esta mi última charla con Unamuno, advertí que admiraba que no hubiese dado en aquel escepticismo cansino y melancólico de los «genios» que piensan estar de vuelta de todo. Me interrumpió para observar que ésta era la posición más falsa y más ingenuamente dogmática que un hombre sensato pudiese adoptar. Y fueron sus últimas palabras: «Ya es mucho que vayamos a alguna parte: estar de vuelta, ¡ni soñarlo!»

P. S.—Los (pocos) hispanistas de aquí que hacen su diaria lechera del periódico *Le Monde* no habrán dejado de experimentar una (leve) sorpresa al leer, en el número del martes 20 de octubre, el artículo: «Scandale à Salamanque ou l'Espagne renie Unamuno.» Es su autor el corresponsal del diario parisién en Madrid, monsieur Jean Créach, el que también envía artículos a *La Dépêche du Midi*, en Toulouse. No diré aquí nada de monsieur Créach, por razones muy obvias—a lo menos para él, pues si su nombre me es, desde hace años, familiar, el mío no debe serlo menos a él y a los suyos. Dejemos, pues, todos los (fáciles) personalismos para tan sólo atenernos al espíritu que dictó aquel artículo—, espíritu que no sé si calificar de sectario o sólo de pueril. Cuanto dice monsieur Créach de Unamuno—al que, según confiesa, no conoció personalmente—no pasa de los convencionalismos y lugares comunes de moda entre literatos que se hacen pasar por «avanzados»—y perdóneseme el galicismo—y no son más que unos pobres ilusos y, en el fondo, más «reaccionarios» que los más caracterizados trogloditas. Cuando escribe el corresponsal de *Le Monde* que sería «déhonorant... de ne pas contester la justice d'une entreprise qui tend à le (Unamuno) supprimer de la vie littéraire de l'Espagne et à étouffer sa gloire dans le plus hypocrite des silences», o se burla de sus lectores o revela un tal desconocimiento de cuanto—y en la misma Salamanca—se hace en la actualidad para exaltar el nombre del viejo heterodoxo. En todo caso, no merece que se le tome en serio, y bueno era que lo diga el veterano hispanista francés que es el que esta protesta firma.—C. P.

N. DE LA R.—Después de recibido este *Post-scriptum* de nuestro colaborador, el profesor Camille Pitollet, y cuando ya se hallaba en la imprenta, para ser unido al trabajo precedente, llega a nuestro conocimiento la noticia (*Le Monde* de 14-XI-1953) de que el corresponsal de dicho diario en Madrid, autor del artículo que motivó aquél, ha sido expulsado de España. Conste así, saliendo al paso de cualquier interpretación de los hechos.